



A NUESTROS AUTORES

En mi viaje de 1917 a visitar el frente italiano tuve ocasión de estrechar la mano de Mario Puccini, soldado de su patria entonces, y con quien estaba de antes en relación epistolar. Y fué precisamente el general Armando Díaz, luego generalísimo del Ejército italiano, quien me le presentó. Pues sabían ya de antemano, desde que salí de Udine, del Cuartel General, que deseaba conocer de vista a mi amigo epistolar Puccini.

Entonces conocía yo una deliciosa novela suya, *Foville*, publicada en Milán en 1914. En la que se ve el soplo del espíritu quijotesco. El protagonista de la novela, o más bien el principal paciente de ella—pues no pocas novelas giran en derredor, no de un actor o *agonista*, sino de un paciente—, es sobrino de un Don Quijote e hijo de un Sancho, y resulta que es su tío el que le engendró, y lo que hizo su padre fué criarle. Y esa pequeña novela, que debería traducirse al español, me puso en relaciones con Puccini. Quien luego ha publicado impresiones de la campaña guerrera y una novela de la mala vida de Roma, titulada *La vergine e la mondana*.

Puccini, como tantos jóvenes escritores italianos de hoy, se interesa grandemente por la literatura española contemporánea. Creo poder asegurar que es hoy en Italia donde mejor, es decir, con más simpática penetración, se conoce nuestra literatura del día. ¡No que sea donde hay más de esos a quienes se llama hispanistas, no! Hay pocos profesionales del hispanismo, para ventura nuestra; pocos de esos eruditos e investigadores—¡oh, la investigación!—, que acuden a España en busca de tesis de doctorado o de trabajos académicos, muy pocos especialistas en cosas de España.

Hay que temblar del especialista en cosas de España. Lo que necesitamos es que los que, con espíritu de universalidad vuelven a todas partes su mirada, los que tienen una curiosidad omnilateral, se detengan alguna vez en lo nuestro, o más bien, que lo nuestro logre alguna vez detener su atención. Y de estos curiosos de universalidad es Puccini, y es de los jóvenes literatos—un novelista, no un erudito de novelarías—italianos que ha detenido su mirada en nuestra España.

¡Ahora que les es tan difícil satisfacer su curiosidad al respecto! ¡Ponemos tan pocas facilidades de nuestra parte! Cuando no dificultades... ¡Sé de italiano que se dedica a traducir obras españolas, y que, al dirigirse a algún autor

de los nuestros, se ha encontrado, lleno de sorpresa, con que ni le ha contestado! «¿Es que no les importa que se les traduzca, y ser conocidos aquí?»—me preguntó. Ni se diga que no veían negocio en ello, pues, como dicen que dijo alguna vez Castelar, preferimos que nos traduzcan y no nos lo paguen a no que nos paguen y no nos traduzcan.

Mario Puccini se ha comprometido a publicar en la *Rivista d'Italia*, una de las mejores de allí, una crónica mensual sobre literatura española, y me pide que le facilite su trabajo, que pida aquí a editores y autores que le envíen sus *novedades*. Y yo, desde estas columnas, se lo advierto a éstos. Si quieren que se dé noticia de sus obras en la *Rivista d'Italia*, envíenselas a la redacción de ésta, Corso Venezia, 48, a Milán, a Mario Puccini.

¿Podrá mi amigo cumplir a su satisfacción la tarea que se ha impuesto de dar a conocer al público italiano que se interese por cosas de España la producción literaria de ésta? Repito que lo dudo. Y lo dudo, porque conozco la tremenda apatía de mis compatriotas y compañeros en letras. O acaso no creen en la eficacia de esas labores.

El cotarro literario español es de los más cerrados. Es raro, rarísimo, el autor que aquí escribe teniendo a la vista un público universal. Lo que no quiere decir, claro está, que se escriba para ser traducido. El que escriba *para que le traduzcan*, en vista de la traducción, escribirá medianamente. Ni hay medio más seguro y sólido de pasar al extranjero, de universalizarse, que por haber rebasado de la propia patria. Lo que no quiere decir que no haya casos en que un autor ha llegado a ser debidamente apreciado y comprendido en su propio país cuando ha llegado a él, de rechazo, de fuera. Más de uno podría citarse que ha sido descubierto, y en lo que de más castizo tenía, en el extranjero. No sería difícil que fuera de España se apreciase mejor que aquí la españolidad de un escritor español.

¿Lograré con esto que nuestros jóvenes literatos, los que miran por encima del cotarro, se acuerden de Mario Puccini y de lo que él quiere hacer por España en la *Rivista d'Italia*, de Milán? Yo con esto creo cumplir un servicio a las letras españolas y a mi patria.

Miguel de UNAMUNO

O.C. tomo X

